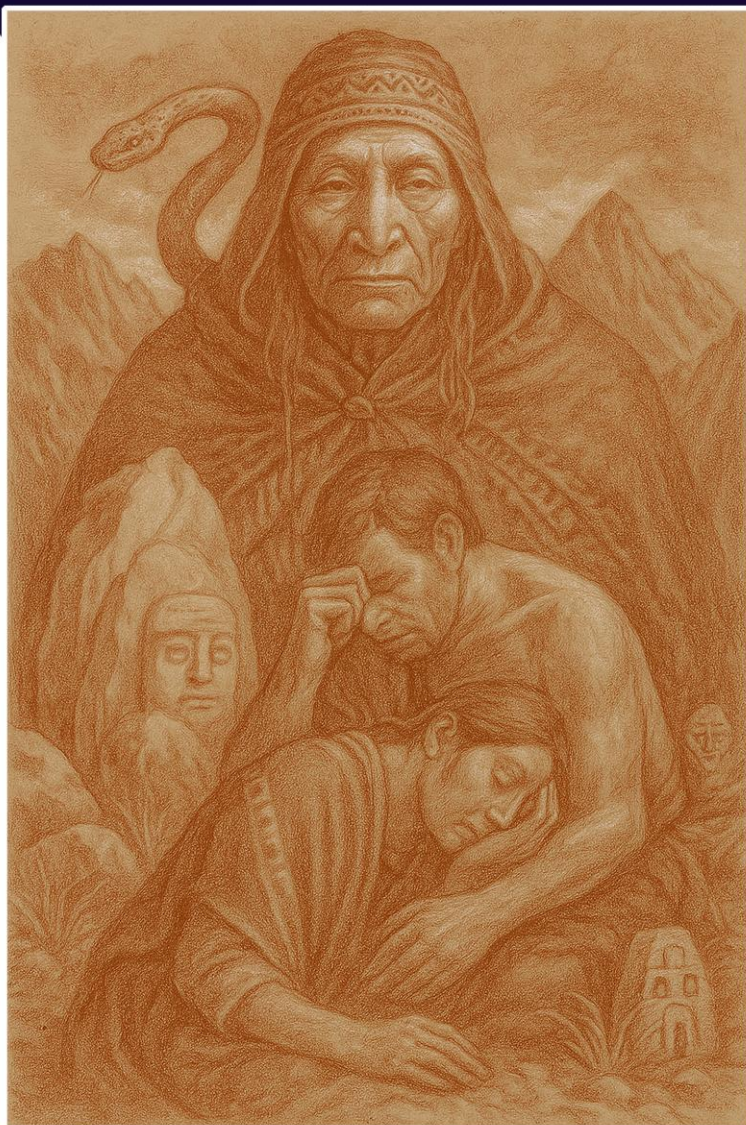


***LA ESENCIA DE LA MUERTE:
reflexiones sobre el edén y
el destino humano.***



Por Miguel Tinizaray

Ensayo

Noruega, Junio 2025

LA ESENCIA DE LA MUERTE: reflexiones sobre el edén y el destino humano.

Introducción

“El Edén” ese rincón primordial de la creación se presentó en la Tierra, tal vez en su totalidad, o solo en fragmentos que el tiempo se encargó de disolver. La creación de los primeros humanos, Adán y Eva no fue un acto aislado, sino el eco final de una serie de nacimientos: el reino vegetal, el reino animal, todo culminando en la existencia de estos dos seres humanos. Pero ¿cómo entender la naturaleza de ese Edén? ¿Era un lugar perfecto? ¿O simplemente el inicio de lo imperfecto que más tarde seríamos?

En ese Edén, caminaba Dios. No se limitaba a ser una presencia distante, sino que caminaba con sus criaturas, las guiaba, las enseñaba. Él mismo recorría el jardín, hablando con Adán antes de la creación de Eva y después. Ellos y solo ellos fueron los primeros en recibir el susurro del universo, el conocimiento de un plan divino: poblar la Tierra y vivir bajo su reinado. Y, sin embargo, esa divinidad les dio también algo que parecía ser un reto a su bondad: libertad. La libertad de elegir, de tomar decisiones, de seguir el camino señalado o de apartarse, de vivir bajo la mirada de su Creador o de gobernar por su cuenta.

Nadie sabe cuánto tiempo duró esa relación perfecta, ni si la convivencia con Dios era tan directa como el sol que tocaba sus rostros. Lo que sí sabemos es que su conciencia, clara y pura, los hizo conscientes de un poder superior y de su propia capacidad para elegir entre lo eterno y lo finito. Un desafío que, al final, definiría su destino.

Surge una escena cuyo lugar en el tiempo es incierto, no sabemos si ocurrió antes o después de la creación del Edén y sus criaturas vivientes: la rebelión de Lucifer y sus ángeles. Tampoco se sabe con certeza si el ser humano fue una de las causas de esa insurrección contra su Creador. Lo único claro es que, tras su derrota a manos del ángel Miguel, no se halló ningún lugar en los cielos para su exilio, y la Tierra fue el único refugio disponible. Un lugar distante del Edén, tal vez la más lejana morada, donde su sombra podría habitar.

Caída del humano

Adán y Eva eran seres perfectos en su humanidad, dotados de una fuerza incomparable, profundamente conectados con la naturaleza, el cosmos, los animales y el mundo espiritual. La cercanía que compartían con su Creador los transformaba en seres de capacidades extraordinarias. Construían, planificaban y ejecutaban obras que no solo beneficiaban su presente, sino que trazaban el camino para el bienestar de sus descendientes.

Sus años primaverales fueron tiempos de aprendizaje y reflexión. Aunque aparentemente conocían los secretos de la vida y del universo, en lo más profundo de su ser germinaban dudas y contradicciones. Eran creados a imagen y semejanza del Creador, pero, por más que se

parecieran a Él, no podían modelar el mundo ni gobernar con el poder de la palabra. En este momento crucial, cuando la incertidumbre comenzó a tomar forma, apareció Lucifer, urdiendo en las sombras un plan de venganza contra Dios.

Cuando el ángel caído observaba al ser humano, veía a Dios en él, y cómo el Creador amaba, cuidaba y protegía su creación suprema en la Tierra. Fue entonces cuando, en las sombras, comenzó a desplegar estratégicamente su plan. Su acercamiento al humano fue maquinado con astucia, de manera sutil y calculada. Adoptó el cuerpo de una serpiente, pero no una serpiente común; era la más hermosa, llena de encanto y misterio. Con su carisma seductor, cautivó a los humanos, convirtiéndose en su mascota preferida.

Después de ganarse la confianza de los humanos y analizar sus puntos vulnerables, Lucifer comenzó a notar su inocencia. Al no haber sido expuestos nunca a la maldad, no conocían el veneno del odio ni la falsedad de palabras cargadas de rencor y resentimiento. En sus corazones solo cabía el amor. Fue entonces cuando Lucifer inició su manipulación sistemática, con la astucia y frialdad de un psicópata calculador, sin comparación, un narcisista en su más pura esencia. Su objetivo era ser adorado y venerado como un nuevo dios en la Tierra, ya que en los cielos no pudo lograrlo.

Lucifer, entre los humanos, sembró discordia, enfrentándolos uno contra otro, y también contra sí mismos. Con sutileza, les planteaba desafíos constantes, y poco a poco iba revelando sus debilidades y flaquezas humanas. Los persuadió con la promesa de que, si abandonaban el plan divino, se convertirían en dioses, creadores de nuevos mundos, forjadores de su propio destino, independientes y libres.

Cuando el Creador los buscó para hablar con ellos, los humanos ya no querían abrir la puerta espiritual que los conectaba con Él. Dios los llamó por su nombre, pero al verse expuestos a su distancia, comenzaron a justificar su actitud, afirmando que abandonarían el plan divino para ser ellos mismos los forjadores de su destino.

Dios, con tristeza, les expuso las consecuencias de su decisión: la muerte, el sufrimiento, el dolor, el llanto, la soledad de estar separados de Su presencia. Sin embargo, a pesar de las advertencias, los humanos, ya carcomidos en sus corazones por la semilla venenosa de Lucifer, endurecieron su voluntad y rechazaron el plan de su Creador. Así, las consecuencias de su elección, la muerte, la enfermedad y el sufrimiento, comenzaron a tomar forma en la humanidad.

Muerte y redención

A pesar de ser conscientes de su rechazo al plan divino, los humanos solo asumieron su culpa a medias. Entre ellos comenzaron a culparse mutuamente: Adán señaló a la mujer, acusándola ante el Creador como si la culpa fuera de Él por habérsela dado; y la mujer, a su vez, culpó a la

serpiente, criatura también formada por Dios. Aquella forma de pensar no era suya originalmente: era una lógica aprendida, sembrada y ensayada por su nuevo guía en las sombras.

Al Creador le entristeció ver cómo evadían su propia responsabilidad y les recordó las consecuencias inevitables del abandono de su plan: dolor, sufrimiento y muerte. Pero, junto con su advertencia, también les reveló su plan de redención, aquel en el que el final es solo un nuevo inicio y donde el principio y el fin se entrelazan en una promesa de esperanza. Finalmente mostrando que, a pesar del pecado, Dios no abandona a la humanidad. Promete un Salvador que restaurará la relación rota entre Dios y los seres humanos.

La Primera Muerte

No pasó mucho tiempo antes de que la humanidad enfrentara en carne propia las consecuencias de su elección. La primera muerte no llegó por enfermedad ni por vejez, sino por las manos de un hermano sobre otro. El asesinato de Abel, cometido por su propio hermano Caín, fue devastador. Un dolor indescriptible atravesó el corazón de quienes lo presenciaron. Luto, llanto y lágrimas marcaron el principio de una nueva etapa: la contradicción hecha carne, el espíritu desgarrado por la violencia.

¿A quién culpar esta vez? Ya no hubo justificaciones que suavizaran la herida. Pero tampoco hubo remordimiento ni arrepentimiento, solo un abismo de soledad y devastación provocado por una mala elección.

El ángel caído, en las sombras, contempló su obra. Cada lágrima humana, cada sufrimiento, era para él un dulce deleite. Su venganza contra el Creador se realizaba en la herida abierta de la humanidad, en el quebranto de aquellos que llevaban la imagen y semejanza de Dios. Así, su plan avanzaba: destruir su creación no por odio a ella, sino por odio a quien la formó.

En cada lágrima que brota, en cada grito silente que desgarrar el alma humana, Lucifer saborea su victoria. Su gozo oscuro se nutre del dolor que marchita la imagen viva de Dios en la Tierra. Así, cada muerte, cada susurro de desesperanza, se convierte en un sello arcano, una ofrenda que perpetúa su venganza. Y mientras la humanidad sangra, el ángel caído extiende sus alas sobre un altar de sufrimiento, desafiando al Creador en el eco eterno de cada llanto.

Miguel Tinizaray
Noruega, 28 jun. 25